

EL NOBEL DE ECONOMÍA 2004: UN PREMIO A LA ORTODOXIA

Guillermo Maya Muñoz*

A los economistas Edward Prescott, de Estados Unidos, y Finn Kydland, de Noruega, les fue otorgado el premio Nobel de economía de 2004 por su trabajo conjunto. Las razones para este otorgamiento descansan en los avances hechos por estos economistas en la teoría monetaria, y por su trabajo sobre las causas de los ciclos económicos, llamada teoría del ciclo real, que tal vez es su aporte más controvertido.

El pronunciamiento de la Academia Sueca de Ciencias dice que estos dos economistas "influyeron profundamente en la política económica en general y en la política monetaria en particular". Especialmente, sus aportes representan una alternativa a los modelos keynesianos de curva de Phillips, instrumento de política de los años 60 y 70, que hacían del desempleo (el empleo) una función decreciente (creciente) de la discrepancia entre la inflación actual y la esperada, y que al decir de la Academia fracasaron tan estruendosamente, generando más inflación sin disminuir el desempleo; es decir, estancamiento con inflación.

* Profesor titular, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

En el artículo “Reglas en vez de discreción: La Inconsistencia de los Planes Óptimos”¹, Prescott y Kydland plantean que los hacedores de política pueden en el largo plazo tener problemas, con la inflación, por ejemplo, cuando sus preferencias de corto plazo, como el empleo y el crecimiento, se imponen sobre sus objetivos de largo plazo; es decir, cuando los hacedores de política prefieren en el corto plazo un poco de inflación por un aumento en el empleo, que resulta en más inflación y más desempleo en el largo plazo: “Hacer lo que es mejor, dada la situación corriente (corto plazo), resulta en un nivel excesivo de inflación, pero el desempleo no es más bajo de lo que sería si la inflación estuviera a la tasa socialmente óptima”². Si en vez de tratar de maximizar en el corto plazo, escogiendo la mejor política, “tenemos una regla de política, el desempeño económico puede ser mejorado. Esto es un argumento a favor de las reglas sobre la discreción”³. (474). En este sentido, la política keynesiana de manejo de la demanda agregada “resulta en tasas de inflación excesivas sin ninguna reducción en el desempleo. La política de mantener la estabilidad de precios es preferible”⁴.

La inflación es uno de los fenómenos económicos más populares, especialmente en los años 70, para la opinión pública, demostrado por las encuestas y por los resultados electorales adversos a los gobiernos, que los electores furiosos y disgustados responsabilizan por el crecimiento constante de los precios, en muchos países. Los inversionistas no se mueven a gusto en un ambiente inflacionario, que causa una ineficiente asignación de los recursos que retarda el crecimiento.

Por estas razones y para ganar a los votantes, los partidos políticos se declaran enemigos de la inflación cuando aspiran a ser elegidos, pero apenas llegan al gobierno se olvidan de sus promesas; es decir, los gobiernos no son consistentes en su lucha antiinflacionaria. ¿Por qué? La inflación es una manera fácil de generar ingresos tributarios sin necesidad de pasar por el camino tortuoso de la negociación política de una reforma tributaria en el Parlamento o Congreso. Igualmente la inflación es una manera soterrada de disminuir el valor real de las deudas que el gobierno contrae con el sector privado a través de la venta de títulos o bonos gubernamentales. Además, muchos gobiernos creen que

pueden generar más empleos y más producto con un mayor gasto deficitario, financiado con emisión, para mejorar la percepción de la gente de estar bien y ser reelegidos en el gobierno. Es decir, los gobiernos están proclives, objetivamente tienen los incentivos, a generar inflación, aunque al comienzo se declaren enemigos de la misma, para luego olvidarse de sus promesas.

LA CREDIBILIDAD DE LA POLÍTICA

La preocupación con la credibilidad surge de los preceptos de la macroeconomía ortodoxa neoclásica, en la que los agentes racionales usan el modelo económico correcto para tomar en cuenta toda la información disponible cuando se forman las expectativas sobre el futuro. Los agentes valoran la credibilidad del anuncio de una política cuando se forman las expectativas y se hacen juicios sobre qué decisiones tomar⁵. De esta manera “el argumento de la credibilidad depende de una lógica circular: las políticas económicas son juzgadas efectivas sólo si son creíbles para los agentes, pero éstas sólo son juzgadas creíbles si estas son vistas que serán efectivas”⁶.

Se pregunta Grabel (2000): ¿Cómo una política económica puede ser desarrollada en este complejo ambiente, en el que el éxito de la política depende críticamente de las percepciones sobre su viabilidad? Hay dos elecciones, responde Grabel: Una, se podría matizar la política hacia los sentimientos populares existentes; o, dos, se podría implementar la política “correcta”, como aquella que respeta los principios fundamentales de la teoría neoclásica. La primera opción se elimina sobre el argumento que una política “incorrecta” no puede ser creíble después de los inconvenientes que traería su implementación. La segunda, por el contrario, induciría la credibilidad, en tanto ella misma pruebe que trae el desarrollo y el crecimiento, aunque sea impopular en el corto plazo. Una política correctamente especificada hace que los agentes económicos actúen “apropiadamente”, al mismo tiempo que se logra el crecimiento, la estabilidad y la credibilidad necesaria para sostenerse a sí misma.

Las políticas de libre mercado, que son el centro de la agenda neoliberal, obtienen la validación de su credibilidad a través de los inversionistas privados extranjeros y de las agencias multilaterales, como el FMI y el BM. La supervisión y el cumplimiento de las reformas, vía la condicionalidad y los programas de ajuste estructural (PAE), impuestos por el FMI, se han convertido en la manera como se les transmite la credibilidad de las políticas a los inversionistas privados. De esta manera las economías emergentes “importan” o “prestan” credibilidad del FMI, con lo que se minimizan los riesgos del inversionista sobre los cambios y el abandono de las políticas, y de esta manera se establece la credibilidad de las opciones de política escogidas vis-a-vis por los participantes del mercado. Y los gobiernos se comprometen de esta manera a no abandonar las políticas “correctas” por presiones populares. En caso contrario, el FMI retiraría el apoyo financiero y técnico, con el retiro subsiguiente de los flujos de capital.

¿CÓMO SOLUCIONAR LA INCONSISTENCIA TEMPORAL O SESGO INFLACIONARIO?

Bajo la agenda del Consenso de Washington, el diseño institucional ha estado muy influenciado por el principio de la credibilidad, principalmente en el diseño del sistema cambiario y del banco central, con el fin de aislar tanto la política monetaria como cambiaria de la influencia de los políticos, para evitar el problema de la “inconsistencia temporal”. En este sentido, la demanda por credibilidad exige que el BC solo tenga como objetivo la estabilidad de precios sobre otros como el empleo o el crecimiento. Por otro lado, hay una exigencia en la coordinación de la política monetaria y fiscal, para que no se crucen sus propósitos, de tal manera que el gobierno acepte “el juego de la gallina”. Es decir, la política fiscal debe supeditarse a los objetivos de la política monetaria, si la estabilidad de precios predomina sobre los otros objetivos de política, de otra manera no habría credibilidad.

PROPUESTA PARA RECHAZAR EL CRITERIO DE CREDIBILIDAD

Grabel (2000) propone el rechazo del criterio de credibilidad basándose en las expectativas racionales. Por vía de argumentación, asumamos, dice Grabel, que los agentes forman sus expectativas racionalmente, y que bajo circunstancias normales los agentes asignan las mismas correctas probabilidades de distribución de los probables efectos de la política, de la probabilidad de su fracaso o de su revocamiento. La presunción de las expectativas racionales es sin embargo implausible en el caso de una política única, como la de la reforma neoliberal como reforma a escala completa. La naturaleza no recurrente, irrepetible, de los cambios de régimen no permite una base para la aplicación del aprendizaje pasado (Lucas, 1973). Por lo tanto, podría ser esperado que los agentes se formen diversas e inconsistentes probabilidades de distribución respecto a los efectos y la duración de la política, y que tomen acciones que socaven el nuevo régimen de política. Para complicar más las cosas, el ajuste de las expectativas y el comportamiento después que el cambio de régimen ocurre en tiempo real. En el proceso de ajuste, nosotros tenemos que reconocer la influencia de cualquier número de asimetrías en la información e imperfecciones que necesariamente afectan el proceso de toma de decisiones de los agentes. El comportamiento de los agentes en el corto plazo, entonces, podría generar resultados económicos que son inconsistentes con los objetivos de largo plazo de la política. Todas estas complicaciones son ignoradas por los formuladores neoliberales de la política y sus consultores económicos. El diseño de política es mucho más complicado que lo que los economistas neoclásicos habían pensado⁷.

El principio de la credibilidad en el plano de la democracia también tiene sus efectos, cuando excluye las teorías económicas, que no sean ella misma, como inválidas y carentes de sentido, además de que no pasan el examen de la credibilidad, desacreditando la pluralidad de puntos de vista, al mismo tiempo que niega el valor del disenso, ambas características de una sociedad liberal democrática. El criterio de credibilidad ha sido usado para desacreditar y prevenir la implantación de programas

económicos no neoliberales. La afirmación que sólo los programas creíbles son los que van a ser exitosos tiene un sentido malevolente, sobre todo en el contexto político volátil de los países emergentes. Si se reduce el enfoque nuevoclásico a una serie de proposiciones se puede ver esta malevolencia: 1. Un régimen de política o institucional sobrevivirá en la medida en que él probablemente sobreviva. 2. Un régimen económico probablemente sobreviva en la manera en que se obtengan los objetivos establecidos. 3. Un régimen obtiene sus objetivos establecidos en la medida que induzca comportamientos, en el agregado, que sean consistentes con estos objetivos. 4. Un régimen económico probablemente induzca comportamientos consistentes en la medida que refleja y vuelve operativa la verdadera teoría de las economías de mercado, y 5. Un régimen económico refleja la verdadera teoría de la economía de mercado sólo en el grado en que ésta es nuevoclásica⁸. De esta manera, las teorías económicas alternativas son desechadas porque no pasan el imperdonable examen de credibilidad porque posiblemente no son verdaderas, y las políticas fundadas sobre ellas tienen que colapsar, en parte porque no inducen un comportamiento consistente. Esto se constituye en una barrera para el pluralismo intelectual, como lo han hecho notar Frydman y Phelps (1983): “La completa implementación del método de las expectativas racionales en la formulación de política significaría la promoción oficial de un modelo sobre otros”⁹.

El criterio de credibilidad que surge de la teoría nuevoclásica refleja una visión ingenua (naive) de la sociedad, como una sociedad marcada por expectativas y objetivos homogéneos y armoniosos, en la que los gobiernos libres de los grupos de interés son capaces de diseñar las políticas para alcanzar estos objetivos. Esta visión de la sociedad es una visión sin clases y sin conflictos sociales. Esta visión ignora que las sociedades están estratificadas por la riqueza, la clase y el poder, y en la que todas las políticas económicas están sesgadas en términos de sus efectos. Las políticas siempre sirven unos intereses en contra de otros. En este contexto, el criterio de la credibilidad siempre significa el aseguramiento del consentimiento voluntario de algunos grupos y la aquiescencia coactada de otros. Este punto de vista sobre la política como resultado del conflicto no es menos cierto para el

régimen neoliberal que para otros. La credibilidad está fundada en la política (politics), no en la metafísica¹⁰. Una sociedad donde los ciudadanos comparten los mismos valores, intereses y objetivos, y son afectados de la misma manera por las decisiones de política, como en el dictum ortodoxo de que la inflación es el impuesto más injusto que pagan los pobres, no es más que una utopía. Las instituciones diseñadas bajo el criterio de la credibilidad no representan los intereses de todos en la sociedad por igual, sus medidas de política son medidas a favor de algunos grupos de interés en la sociedad contra otros intereses. En el caso de los bancos centrales independientes y las cajas de conversión, la implementación de las políticas acordes con las preocupaciones monetarias y cambiarias de las elites económicas es importantísima. De esta manera, se han producido una serie de reformas institucionales que permiten a aquellos que en la sociedad están mejor, sigan buscando sus propios intereses económicos, todo bajo la cubierta de la cientificidad de la teoría neoclásica. Como las medidas neoliberales vienen siendo cuestionadas por la población, no sólo en AL sino también en muchas partes del mundo, estos expertos ante la escogencia entre la estabilidad autoritaria y la turbulencia democrática, lo más probable es que prefieran la primera.

El criterio de la credibilidad excluye cualquier refutación empírica sustancial porque siempre puede ser reclamado ex post que el ambiente en el que las reformas neoliberales fueron implementadas fue no creíble. De esta manera, el fracaso de las políticas para alcanzar los resultados esperados no es el resultado de sus prescripciones equivocadas sino del ambiente político y social, como lo que sucedió con las narraciones de lo que pasó en Argentina (2001-2002), al renunciar a la Caja de Conversión con cambio fijo de 1 a 1 y devaluando el peso argentino, echándole la culpa no al modelo sino a la falta de compromiso del gobierno y a la corrupción de la clase política.

CONCLUSIÓN

Sin duda alguna, el trabajo de Prescott y Kydland ha incentivado las reformas de la banca central, en los últimos 20 años, con el objetivo de garantizar la estabilidad de precios, que se ha logrado. Sin embargo, el desempeño económico no ha sido tan exitoso, y la distribución del ingreso ha beneficiado al sector financiero a costa de los sectores productivos.

La experiencia colombiana con la nueva institucionalidad de banca central independiente y la política desinflacionaria, altas tasas de interés y un peso fuerte, emprendida por la Junta Directiva del Banco de la República, bajo el esquema de agregados monetarios, como objetivos intermedios, acompañada por el manejo cambiario de una banda objetivo, en el marco del libre flujo de capitales internacionales, produjo resultados mixtos. Mientras que el proceso desinflacionario, más fuerte después de 1994, permitió bajar la inflación a un dígito hacia 1999, conservando esta tendencia descendente hasta hoy, la economía se sumió en la más profunda recesión de toda su historia moderna desde 1900, con pérdidas del producto y del empleo importantes en toda la década del 90: el crecimiento promedio para toda la década de los 90 fue de 2.7%, frente a 3.7% de la década anterior y de 4.5% para los 70. Por otro lado, la tasa de desempleo se disparó al 20.5% en el año 2000, cifra nunca vista en la historia moderna de Colombia, que en las dos décadas anteriores había soportado una tasa promedio del 10% anual.

NOTAS

1. Kydland, F., y Prescott, E. 1977, "Rules rather than discretion: the inconsistency of optimal plans", *Journal of Political Economy*, vol. 85, No. 3.
2. *Ibid.*, p. 475.
3. *Ibid.*, p.474.
4. *Ibid.*, p. 477.
5. *Ibid.*, citado por: Grabel, Ilene, 2000, "The political economy of 'policy credibility': the neoclassical macroeconomics and the remaking of emerging economies", *CJE*, No. 24, p. 3.

6. Blacburn, K. y Christensen, M., 1989, "Monetary policy and policy credibility: theories and evidence", *JEL*, vol xxvii, p. 1. Citado por: Grabel, Ilene, *op. cit.*, p. 3.
7. Grabel, *op. cit.*, p. 10.
8. Grabel, *op. cit.*, p. 11.
9. Frydman, R. y Phelps, E. (editors), 1983, *Individual forecasting and aggregate outcomes: Rational Expectations*, New York, CUNY Press, pp. 27-28. Citado por Grabel, *op. cit.*, p. 11.
10. Grabel, *op. cit.*, p. 13.

Recibido el 5 de noviembre de 2004. Aprobada su publicación el 13 de diciembre de 2004.